

Biblioteca-Films

VENGANZA GITANA



Ronald Colman

Vilma Banky

50 cts.

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
VALENCIA, 384

Centro de Reportes de Publicaciones:
BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 938 G.
BARCELONA

Núm ext

APARECE TODOS LOS MARTES

Y DEVICADO POR LA CENSURA PREVIA

Venganza Gitana

Adaptación literaria de la película del mismo título, inspirada en un poema de Calderón de la Barca, creación de

RONALD COLMAN

.....
E X C L U S I V A



Rambla Cataluña, 62 Barcelona
.....

REPARTO

Montero	Ronald Colman
Princesa María	Vilma Banky



Los celeberrimos artistas Ronald Colman
y Vilma Banky en los protagonistas de
Venganza Gitana.

Atávico vestigio de tiempos medievales, aun alentaba el feudalismo en Europa; aun tenía vigor reproductivo su nefasta simiente.

Cristalizado había aquende la cordillera pirenaica, sobre el solar hispano, en el llamado "Señor de horca y cuchillo", dueño de haciendas, tirano de vidas, creado por la munificencia de los reyes, que premiaban con la cesión en feudo de territorios más o menos vastos, la gesta heroica de un caudillo, el concurso que en la guerra le prestase un noble con sus valerosas mesnadas.

Omnímodo el poder de estos favorecidos por egregias magnanimidades, no había dique para sus pasiones en la humana compasión ni en el respeto ajeno; no había en la ley natural ni en el derecho de gentes restricción para sus caprichos, y ante sus arbitrarias decisiones, sólo eran conceptos ilusorios la lealtad, el bien, la justicia... como eran nombres sin contenido real la libertad, la dignidad, el honor y demás tesoros inmateriales, sagrado patrimonio del espíritu.

Nada, sin embargo, tan infamante para los

súbditos, nada más afrentoso, ni más terriblemente inhumano que el derecho del señor sobre la virginidad de las mujeres de su feudo.

Y este derecho de indiscutible ilicitud, este privilegio irritante, que despejaba de los suyos al amor verdadero, ejercitábase por el autócrata cuando podía parecer más odioso: cuando representaba la máxima iniquidad; tras la ceremonias de boda de la doncella, negando al esposo el momento con más ansia esperado; la hora de la suprema ventura de la noche nupcial.

Muchos maridos callaban: la costumbre es fuerte ley. Por contra, su protesta, sólo hubiera servido para que, sobre el ultraje inaudito, hubiese venido el desbordamiento de la cólera del tirano, a quien sabían capaz de añadir el castigo a la afrenta. Pero otros, pese a la inhumana ley del vasallaje, sancionada por el hábito, e impuesta por la fuerza, se rebelaban contra el bárbaro saqueo perpetrado en las esposas, al despojarlas de la flor de pureza reservada a los elegidos de su amor.

Y en sus corazones se incubaba un odio fiero, una amargura invencible, que, cual velo eterno de la felicidad, envolvía en tinieblas de trágica negrura sus existencias, sometidas ya para siempre al martirio del recuerdo, a la tortura infinita de la eterna evocación.

Corría el siglo XVII... Hacia su segundo tercio, el duque de la Garda dominaba un ex-

tenso territorio del norte español. En las vastas selvas de su feudo, a unas leguas de su castillo, hallábase el campamento de una tribu de gitanos, raza nómada y misteriosa, sin hogar en ninguna parte y con todo el mundo por hogar...

Pero los héroes de nuestra historia, quizá por una contradicción, tenían allí un refugio, hogar pasajero de infinitas tribus de su raza que era al mismo tiempo como casa y santuario, bajo cuyos muros labrados por la Naturaleza venían a descansar, durante breve lapso, tras infinitas correrías.

En el centro de la planicie feraz, como eterna atalaya de los bosques de hayas y castaños, cual vigía guardador de sembrados y rebaños, alzábase un coloso de piedra, a cuya cima, hosca y pelada, sólo podía llegarse por ignorados caminos, ocultos entre las breñas inextricables de sus faldas.

Y eran éstas como una sucesión de abismos a primera vista inabordables, semejantes a escalones, propios sólo para ser remontados por titanes de piernas gigantescas, por colosos sólo existentes en las regiones de la fantasía.

Vista desde lejos, a no ser por los rimeros de verdura que aparecían esparcidos aquí y acullá, más bien que montaña, hubiérase dicho era la gigantesca Torre de Babel de que nos hablan los Sagrados Textos; torre de numerosos e informes peldaños, rematada por una

estrecha meseta, donde, como colosos petrificados, veíanse recios y cubiertos peñones.

Allá en la punta, sobre la rocosa cimera del monte, en aquella cúspide semejante a un nido de águilas, tenían los gitanos su fortaleza, a la cual se ascendía por senderos sólo de ellos conocidos; fortaleza inexpugnable, para cuya defensa hubiese bastado dejar resbalar las piedras esparecidas a millones por las vertientes. ¡Guay de quien se aventurara a la conquista de aquel refugio natural!

Aprovechando las cuevas formadas por los peñones de su cima, los gitanos habían construido algunas habitaciones, pero rara vez vivían en aquel refugio, a cuyos muros sólo se acogían en momentos de peligro. Su vida, su punto de reunión, era siempre el llano: Allí estaban la caza, los sembrados... las fuentes y arroyos de agua pura y cristalina. En el bosque realizaban sus ceremonias, y allí acampaban las mujeres, en espera de que hombres y muchachos volvieran de sus rapiñas o de sus chalaneos.

Las hembras de esta raza, de extrañas costumbres y misteriosos ritos de herencia inmemorial, ejercían sobre el señor del castillo, como llamaban al duque en la comarca sometida a su yugo, una extraña influencia, espoladora de sus bestiales deseos, y más de una había sido víctima, entre resistencias inútiles y sollozos que no hallaron en el alma plebeya

del señor un eco de piedad, del absurdo privilegio que, con el nombre de "derecho de pernada", ha quedado manchando, para baldón de aquella edad las páginas de la Historia, y que, la Revolución Francesa, por tantos conceptos gloriosa, inhumó para siempre.

Tras una agitada época de aventuras y amoríos lejos de su tribu zíngara, volvió al seno de ella Montero, un mozo en quien estaban más acentuadas las pasiones andariegas, más acusado el espíritu giróvago de su raza.

La gallardía del gitano, su valor sin jactancia, la ciencia del mundo en sus andanzas adquirida: las hazañas, maravillosas en sus labios narradores y estupefacientes en las ánimas suspensas de su auditorio, que hacían de su juventud una novela de lances de épica bravura; de seductoras páginas románticas; de deliciosos episodios picarescos; dieron tal aureola de prestigio a Montero entre los suyos, que fué aclamado jefe con la aquiescencia, más aún, con el entusiasmo de todos, hasta de los más ancianos de la tribu.

Muchas miradas femeninas quisieron abrazar con sus llamas el corazón del joven *jerarca*, muchos labios le ofrecieron sus besos, muchos pechos latieron por su amor, muchos pechos de gitanas núbiles se llenaron de su imagen...

Y como alguna había de triunfar, la voluntad de Montero quedó presa en los hechizos de

una de las más bellas del campamento, acaso la más dulce de todas, y, desde luego, la más fuerte para la pasión.

Un día de primavera, abajo en el llano, mientras el sol esplendente enviaba a la tierra amorosa el tesoro de sus dorados besos, junto a un arroyuelo cuyas aguas rumorosas parecían cantar un himno al amor, celebróse la boda de Montero.

Ante el espléndido altar de la Naturaleza vestida con sus mejores galas, teniendo por dosel las amplias copas de las hayas centenarias y por alfombra el césped florido, comenzó la ceremonia; cantáronse los viejos gritos herencia incólume de pasadas generaciones, reminiscencias de muertas religiones paganas.

La novia, vestida de blanco, talle, busto y piernas envuelto por largas vendas de seda, a manera de las momias egipcias que hoy admiramos en los museos, fué elevada sobre rústicas andas, llevadas en alto por las mujeres de la tribu. Alrededor, entonando los salmos de ritual al compás de los panderos y lanzando sobre la novia una lluvia de pétalos de flores, marcaban las jóvenes una danza, inclinándose a cada dos o tres pasos, perdiendo casi la voz para volver otra vez a entonar una nueva estrofa lánguida y solemne.

La desposada, rígida sobre su elevado sitio no osaba ni abrir los ojos. Los salmos llegaban a sus oídos cual misteriosos ecos del trasmun-

do, semejantes a dulces cánticos de angelicales coros...

Así llegaron hasta un claro del bosque donde había preparado un mullido lecho de hierbas, cubierto de pieles, a modo de enorme catafaleo, y depositaron sobre él la preciosa carga. La desposada, entornados sus bellos ojos, quedó allí rígida, como muerta. Por entre los claros del ramaje, los rayos de sol asomábanse curiosos a besar la bronceína faz de la hermosa doncella, sobre cuyo cuerpo, las manchas de luz y sombra trazaban caprichosos arabescos.

No lejos del lugar de la ceremonia, hallábase Montero riendo y bromeando con los de su raza. Al llegar el cortejo y depositar a la novia sobre el mentado sitio, destacóse el mozo del grupo, y lentamente, fué acercándose hasta sentarse al borde del mullido lecho. Cesaron los cánticos y enmudecieron las pande-retas.

Montero acreó la cara hasta sentir en ella la tibia caricia del aliento de su amada y unió con ella sus labios en fuerte y apasionado beso. Al cálido contacto volvió la hermosa a la vida; abriéronse sus ojos y quedaron fijos durante largo rato en los del amado con muestras de adoración infinita.

El alegre cortejo rompió a cantar con alborozo; repicaron alegremente las pande-retas y dió comienzo una danza voluptuosa y enervante. Al mismo tiempo, otras, con manos ági-

les, despojaron a la hermosa de las albas y livianas cintas que envolvían su cuerpo y dejaron al aire su rico vestido de novia, ornado por primorosos encajes.

Con esto dió fin a la ceremonia cuyo simbolismo representaba que la novia gitana, muerta para el pasado, renacía para el esposo, al beso vital del amor.

* * *

Los hados fatales dispusieron que aquel día saliera de caza Bernardo, duque de la Garda y que él y su mesnada acertaran a pasar por el teatro de esta escena en el preciso momento de terminar la ceremonia, cuando entre el alborozo de toda la tribu cambiaban los desposados sus primeros besos de amor.

—Bella es la novia...—dijo el duque mostrando en sus pupilas el fuego de un deseo irrefrenable—y a fe mía, señores, que esta noche voy a sentirme gitano.

Señaló a sus arcabuceros la presa y exclamó con aire de triunfo, dirigiéndose a sus acompañantes:

—¿No íbamos de caza?... pues ¡vive Dios! que yo ya he cazado y he cobrado buena presa...

Apoderáronse los sayones de la novia y mal de su grado, sujetáronla al arzón de un brioso coreel. Entretanto, otros jayanes, armados de



Al mismo tiempo, otras, con manos ágiles...

picas y espadas, encerraban en un círculo de hierro al bravo Montero, que daga en mano pretendía abrirse paso para rescatar a su amada.

—¡Tuya, o de la muerte, Montero! —dijo ésta al pasar ante su esposo, camino ya del martirio.

El duque, cuyo mayor goce consistía en tiranizar sin piedad a los moradores de su feudo, llegóse hasta el enamorado doncel, que sujeto por los soldados lanzaba entre horribles blasfemias espumarajos de ira.

—No a todos mis vasallos les concedo el honor de hospedar a su esposa en la primera noche de bodas.

Montero, redobló ante el insulto sus imprecaciones y sacó el robusto pecho en un esfuerzo supremo que hizo aparecer como cuerdas tirantes los recios tendones de su cuello. Los cuatro mercenarios que sujetaban sus brazos, viéronse casi impotentes para dominar al hércules andariego. Ante él, como barrera de muerte que debía pasar para llegar hasta el duque, alineábanse las agudas lanzas de los mesnaderos... Esfuerzos inútiles. Sus brazos de hierro estaban sujetos por otros no menos fuertes. Sus ropas de novio pendían a jirones de tanto forcejear. Diríase que aquella indumentaria representaba en aquellos instantes el lacerado corazón del *jerarca*.

El duque, jinete sobre airoso corcel, parado ante el furioso gitano, reía sardónicamente, recreándose con su desesperación.

—Dura es la ley que me otorga el privilegio de la noche nupcial... ¡pero yo cumplo con mi deber manteniendo esa ley!

Picó espuela a su caballo y se alejó riendo tras los jinetes que conducían su presa.

—¡Yo te la devolveré mañana, muchacho!— dijo desde lejos.

—¡Algún día nos veremos... señor canalla!—gritó a su vez el gitano con voz ronca. Y en el pecho del nómada indomable, comenzó

a arder la llama del odio inextinguible que debía corroer para siempre sus entrañas.

Dejáronlo los soldados tan pronto el duque desapareció de la vista y fueron hacia el mozo varios gitans. Con recia mano contuvieron al bravo enamorado que no cejaba en sus deseos de venganza y con acento persuasivo hicieronle ver la inutilidad de su intento.

—¡Por desgracia, hijo mío, no eres tú el primero ni serás quizá el último!—dijo una gitana ya de alguna edad—. ¡Las mujeres gitanas conocemos de sobra esta terrible ley!

—El derecho le asiste, Montero—le decían los más—. Nuestras mujeres pueden pertenecer antes al duque, si así lo desea... Le asiste la fuerza del derecho y el derecho de la fuerza. ¿Qué sacarías con oponerte? Lo único que podrías lograr sería morir a manos de sus soldados...

Por las mejillas del mozo, curtidas por todos los soles del mundo, comenzaron a rodar lentas las lágrimas. Lágrimas amargas, de dolor y de odio. Por el campamento antes en fiesta, tendió la tristeza su negro manto.

* * *

Terror de aquellos para quienes debía ser amparo, alzaba en los alrededores de la ciudad su mole sombría, el castillo del duque de la Garda. Declinaba la tarde cuando la alegre comi-

tiva de cazadores llegó a las puertas del inmenso caserón cuyas almenas aparecían teñidas de rojo por los postreros resplandores del crepúsculo.

Descendieron los soldados la preciosa carga y a viva fuerza, seguidos por la centelleante mirada del señor, llevaron a la bella hasta la cámara de tortura.

El grueso portón cerróse tras el último servidor y el sátiro quedó encerrado con la virgen.

—¡Solos!—exclamó enlazándola en sus robustos brazos inyectados los ojos por lúbricos deseos.

La joven resistió con todas sus fuerzas el odioso contacto. Una y otra vez, por un prodigio de sus nervios, logró rechazar al infame, ávida de retardar el momento del martirio. Pero en aquella lucha desigual, debía por fuerza sucumbir; sintióse desfallecer y recordando el juramento hecho a Montero en el momento de la partida: “¡Tuya o de la muerte!” no vaciló.

Sacó de su funda la daga del duque, que enardecido por la lucha no se dió cuenta del movimiento de la gitana, y con pulso seguro, la bella desposada hundió la acerada hoja en su corazón, prefiriendo la muerte con honra antes que la vida sin honor.

En aquel instante, la Garda, ebrio de júbilo, conseguía el contacto de sus labios con la

fresca y jugosa boca de la hermosa, cuyos miembros, faltos de fuerza vital, doblegarónse inerte, cual si hubiese sido una linda muñeca de trapo.

La hermosa cabeza de la nómade cayó hacia atrás, rozando el tapiz su cabellera de agabache y sus mejillas, antes neurosadas, adquirieron de súbito la cerúlea palidez de la muerte.

El duque, agrandados sus ojos por el terror, vió la daga de repujado mango atravesando el albo mantón de la bella, donde, como una rosa más, dibujaba trágico redondel la sangre de la mártir.

Acudieron presto los criados y llevaron de allí a la muerta, sacándola de la cámara por una puerta excusada que conminaba con el exterior del castillo.

La esposa de Montero fué devuelta al amanecer del día siguiente... sin vida. Pero el duque cumplió con su palabra y con la ley de su fuero.

La tribu comenzó llorosa los preparativos para el sepelio. Depositaron a la hermosa sobre el mismo catafalco que el día anterior le sirvió para la ceremonia nupcial y volvieron los cantos lúgubres, esta vez entonados con lágrimas en los ojos.

Al lado del cadáver, grandes pebeteros quemaban aromáticas esencias. Montero, terminada la ceremonia, posó sus labios sobre la mármorea frente de su amada y después de con-

templarla durante unos momentos con muestras de dolor infinito, avanzó con paso resuelto hasta una de aquellas vasijas, cuyas llamas inundaban el ambiente de ricos aromas; posó su brazo derecho, desnudo, sobre las lenguas del fuego sagrado hasta hacer chirriar sus carnes y clamó con voz fiera:

—¡Esposa mía, virgen y mártir!... ¡Por esta llama sagrada juro que haré sentir mi venganza al tirano!

Un silencio de muerte, turbado tan sólo por algún sofocado gemido, siguió al solemne juramento. Callaron su canto los pájaros y hasta el rumor de las aguas pareció más quedo. Por los cuerpos de todos corrió una especie de escalofrío, mezcla de angustia y de terror...

* * *

Llegó el día en que, en el castillo hubo de festejarse el enlace del duque con la princesa María de Francia, sacrificada al caballero por "razones de Estado" contra los más altos fuegos de su corazón.

La princesa María era como una encarnación de la belleza Real; poseía la belleza de la Majestad y toda la Majestad de la belleza. Alta; ni enjuta ni gruesa, su cuerpo de armoniosas proporciones, ancho en la espalda y leve en el talle, acusaba más abajo unas curvas perfectas, carnosas y bien modeladas para

terminar en un pie fino, pequeño y fuerte. Engarzado en sus zapatos de fino raso, cubiertos de rica y deslumbrante pedrería, más bien que el pie de una dama parecía un pie de hada; una joya de valor incalculable en riquísimo estuche guardada.

Pero el mayor adorno de la princesa era su cara; su rostro, dechado de perfecciones era uno de esos rostros que una vez vistos difícilmente se olvidan. Ovalo perfecto; nariz recta y fina de sonrosadas y palpitantes alillas; boca breve adornada por doble hilera de diminutas perlas blanquísimas e iguales, rara vez admiradas porque difícilmente se abría para ello la sangrante herida de sus rojos labios y sobre todo esto sus rubios cabellos que en largos y espesos bucles caían por hombros y espalda cual deslumbrante cascada de oro.

Capítulo aparte merecen sus ojos verdes, grandes y luminosos, de mirar tranquilo y solemne, heroseados por largas pestañas que como tenues hilillas llegaban hasta sus negras cejas, de ojiva maravillosa, dignos arcos para tan bello fondo.

Y todo este portento de hermosura había ido a parar a manos del duque por "razones de Estado". Asustaba pensar en el triste destino de aquella flor de bondad y de belleza en manos del jardinero bestial y ramplón, incapaz de apreciar la pureza delicada de sus colores ni la fragancia de su aroma.

El castillo todo ardía en fiestas en espera de la llegada de la hermosa, cuyas bodas fueron celebradas con toda la magnificencia requerida por tan nobles y opulentos contrayentes. Hasta doce alados pajes llevaron el manto de la desposada, recamado de armiño, emblema de realeza. Príncipes y magnates acudieron de luengos países y comarcas para asistir a tan señalada ceremonia.

María de Francia, triste y pálida, parecía resignada con su triste suerte: su rostro, hermoso sobre toda ponderación, parecía el de una Mater Dolorosa. Hubiérase dicho que la bella princesa era la copia rediviva de una de esas madonas de Rafael, una virgen de carne vuelta a la tierra para arrobar a los mortales con su celestial hermosura.

Desde la espléndida mesa de los magnates, hasta la última cuadra do se albergaban las mercenarias tropas, corría el vino a raudales. Señores y criados, en franco regocijo, entregábanse aquel día a los placeres de Baco con el mayor desenfreno.

La seductora Beatriz, tan bella como perversa, antiguo amorío del duque, no se resignaba a perder su privanza. Sentada a la izquierda de su señor, cuya alma tortuosa había sabido comprender y aprisionar, lanzaba sobre la extranjera frecuentes miradas de odio reconcentrado.

El bufón, desde el alto pedestal de su in-



El bufón, desde el alto pedestal de su inmundidad...

munidad, se permitía reírse de los accesos de furor de la dama destronada.

—Morronguita, te dejan al raso...—le decía—. Será otra gatita la que duerma sobre los almohadones de mi señor esta noche.

Aquel aborto de la naturaleza, cuyas imperfecciones movían a risa, pero que llevaba en su fondo un corazón de oro, holgábase tanto con el dolor de la perversa Beatriz como padecía al ver el triste semblante de la nueva ama, cuya amargura no escapó a su perspicacia de astuto observador.

Y él, que se reía de todo y de todos, no se atrevió a proferir ni una palabra ante su nueva señora, temeroso de añadir una gota de amargura al acibar que inundaba su alma. Sin que él mismo pudiera explicarse la causa, sintió desde el primer momento una muda admiración por aquella hermosa mujer que parecía encarnar todas las bondades.

El Jefe de Ceremonias entró en la sala de fiestas:

—Señor; el embajador de Francia, portador del regalo de boda de su soberano, pide permiso para presentarse ante Su Excelencia...

—¡Decidle que pase!...

Dos mocetones robustos, vestidos de soldados, penetraron en el salón. Llevaban recia tranca sobre sus hombros y de ésta, pendiente de unas cadenas iba el cofre de bronce, lleno de incrustaciones, donde se guardaba el tesoro, cuyo peso hacía cimbrear las fuertes piernas de sus portadores.

Tras éstos penetró el embajador haciendo reverencias, y entregó al duque las llaves del pesado arcón. Apresuróse éste a tomarlas y acto seguido mandó quitar las cadenas que circundaban el cofre para mostrar a los invitados el regio presente.

—¡Maldición!... ¿Quién se ha burlado de vos?—gritó furioso el duque.

Dentro del baúl no había más que piedras.

En la parte interior de la tapa, ajustada por cuatro puntas, había un arrugado papel manuscrito que rezaba así:

“Guardad mejor que éste vuestros demás tesoros porque yo no he renunciado a mi venganza.—Montero.”

—¡Señor, no sé quién pudo poner eso ahí!... Tal vez un gitano con cara de desesperación que había en la fonda de la ciudad.

—¡Montero, sí! ¡El hombre que me ha jurado un odio mortal!—exclamó el duque fuera de sí.

—¡Haré rico—repuso tras un momento de duda—a quien me traiga la cabeza de Montero! ¡Pronto, que salgan tras él todos los soldados que hay en el castillo!

Y las mesnadas del duque, desparramáronse como sabuesos por trachas y caminos, buscando ansiosas las huellas de los gitano. En el castillo, sin un solo guardián, siguió la fiesta su curso.

El duque esforzábale en aparecer galante ante su esposa, pero sus labios que nunca habían modulado ternuras, no ejercían sobre la princesa la dulce fascinación que gana las almas.

Encendido por lúbricos deseos, de la Garda abandonó a sus convidados. María asióse a su brazo con la resignación de una mártir que marchara voluntaria camino del sacrificio... La cola de su manto, larga y blanca,

cual pena de santa, perdióse en lo alto de la amplia escalinata de jaspe que conducía a la cámara nupcial.

El duque penetró en ella resuelto y recogió el largo manto con sus propias manos, cerrando tras sí la pesada puerta de recios goznes.

Con amoroso anhelo la estrechó entre sus brazos. Al volver la cara, salió de su pecho un grito de terror. En los pies del tálamo, erguida y arrogante, veíase la figura de Montero, aparecido como por arte de magia.

De la Garda empuñó resuelto la espada y lanzóse de un salto sobre su enemigo inerme, pero antes de que pudiera llegar a herir, vióse sujeto por multitud de gitanos que ocultos tras los tapices salieron en el crítico instante en defensa de su jefe. Montero continuaba en su sitio, de pie sobre las gradas del lecho, fiero y altivo, cual nuevo dios de la ira.

—No a todos los señores les hago el honor de “robar” a sus esposas la primera noche— dijo con acento de amarga ironía parodiando las palabras que el duque pronunciara en otra ocasión.

Y mientras algunos se apoderaban de la hermosa María, otros ligaban de pies y manos al duque cuyos aullidos de impotencia recordaban el estruendo de una jauría en día de caza.

—¡A fe mía, amigos, que me sentiré duque esta noche!—repuso Montero dirigiéndose al



Con amoroso anhelo, la estrechó entre sus brazos.

duque—. ¡Pero no te apures... yo te la devolveré mañana!

El ruido de la pelea llegó hasta el salón y ya se disponían a salir los comensales cuando Montero y los suyos, armados de espadas, aparecieron en lo alto de la escalinata llevando consigo al duque y a la princesa, babeante de rabia el primero y casi desmayada la segunda.

Trabóse ruda y breve pelea que terminó con la completa derrota de los caballeros, imposibilitados para la lucha por sus excesivas libaciones, y la tribu de gitanos, pudo abandonar el castillo con su preciosa carga, sin ser perseguida por nadie.

Lucía ya la luna cual disco de plata, bajo la bóveda azul de dorados puntos sembrada, cuando Montero y los suyos llegaron al inexpugnable refugio de la montaña.

Rico había sido el botín de aquel día y los gitanos, poco acostumbrados a semejante abundancia, recontaban locos de alegría tan fabulosas riquezas entre vivas a su jefe. Especialmente el tío Urraca, llamado así por sus instintos rapaces, viejo, calvo y contrahecho, no cabía en sí de alegría.

Montero se encerró con la princesa en una de las habitaciones y de su pecho lleno de ira comenzaron a salir planes de venganza. Pero María de Francia no se intimidaba por ello; tenía en poco la muerte y sabía apre-



Y mientras algunos se apoderaban de la hermosa María...

ciar en mucho la idea del valor. ¡Bueno fuera que una mujer de su estirpe rompiera a llorar como una cualquiera! ¿De qué le habría servido nacer de una casta que dió cien guerreros ilustres; ser hija de quien tanto se había encumbrado por el valor, característico de los de su estirpe?

Miró retadora a Montero y acercóse hasta la ventana de la cámara, apreciando la altura del abismo que se extendía a sus pies.

Montero siguió hablando, y cuanto más hablaba, más débiles eran sus palabras, más a

de la princesa. Hecho esto, volvió a sentarse y repartió en porciones el asado que embistió de muy buena gana.

Sus huéspedes no probaban bocado.

—Os ruego que comáis sin reparo, señora—dijo a la princesa—. La comida es exquisita, los vinos inmejorables... y en cuanto a la vajilla, no os diré más sino que es un regalo que me hizo el Rey de Francia...

De la Garda, al oír esto último, levantó la vista y fijó sus ojos en los de su esposa. La mancha escarlata con un rasgón en el centro que se destacaba sobre el mantón de la princesa, atrajo como un imán la atención del autócrata... quedaron fijas sus pupilas sobre el rosetón sanguinolento y su mente, alucinada por el recuerdo, vió como una a una iban desfilando por allí las escenas de un drama cuya protagonista fué una valerosa gitana que estimó más el honor que la vida.

María de Francia fijó también sus ojos en lo que tanto llamaba la atención del duque y al comprender el significado de la mancha, se levantó cual movida por un resorte, aventando la prenda lejos de sí con un estremecimiento de horror.

Montero, que no perdía detalle, levantó sonriente su copa que chocó con la del duque y brindó:

—Brindo, señor, por vuestra noche de bodas... ¡que es también la mía!

—La sangre no se borra con sangre, Montero... Resolvamos nuestras cuestiones como caballeros.

—Las resuelvo como me da la gana, señor duque; si vos estuvierais en mi lugar, si fuerais el más fuerte, harías lo mismo, desde luego, con mucho menos miramiento; de eso estáis vos tan seguro como yo mismo.

—El lobo en la trampa—prosiguió el joven más exaltado cada vez—se finge cordeiro y vos sois un lobo incapaz de engañar a un zorro como yo. He vivido mucho y he sufrido más. Por otra parte no es ya solamente el odio... Tengo que cumplir el juramento que hice sobre la llama sagrada de la muerte, cuyas señales de fuego todavía perduran en mi brazo.

Así diciendo, levantóse de su asiento y enlazó por el talle a la princesa, que se resistió con furia.

Ante la imposibilidad del arreglo, el duque marchó resueltamente a su encuentro: Abrazáronse los dos en lucha desesperada... En aquel instante, abrióse una puerta hasta entonces cerrada y varios rostros morenos se precipitaron sobre el duque que rodó por el suelo.

—¡Es la ley del Talión, señor mío! ¡Vos, señor del llano, reclamasteis a mi novia como duque, así yo, os reclamo la vuestra como

señor que soy de estas montañas! Ojo por ojo...

Asió fuertemente a la princesa por un brazo y prosiguió:

—¡Ella será el blanco de mi venganza! En cuanto a vos, también os tocará algo. Mi gente sabrá posar sobre vuestro rostro el hierro candente, que como estigma infamante, pregonará a los cuatro vientos todas vuestras ignominias...

De la Garda, llorando a moco y baba, arrastrábase a los pies del gitano en demanda de perdón. María, asqueada por tanta bajeza, vuelta de espalda, no osaba ni mirar a su esposo.

—Volveos, señora, volveos; veréis el ejemplo de entereza que da vuestro esposo—dijo el gitano haciendo volver a la desgraciada María.

—¡Hablad, señora y dueña mía, yo os lo ruego!...—inquirió el cobarde con voz suplicante, tendidos los brazos—. ¡Sólo vos podéis salvarme!

Pero tanta bajeza había acabado hasta con los humanitarios sentimientos de la hermosa dama que sólo tuvo para su esposo una mirada de repugnancia.

Cargaron los gitanos con el cuerpo del duque que se debatía sin cesar pidiendo clemencia, a voz en cuello, y cerraron tras ellos



Levantóse de su asiento y enlazó por el talé a la princesa.

el recio portón que comunicaba con otro caverna.

—¡Ya estamos solos, Alteza!—dijo el gitano avanzando hacia la hermosa, mas por asustarla que por cumplir la promesa hecha en un momento de odio, cumplimiento, que, a decir verdad, repugnaba a sus caballerosos sentimientos—. Esta noche vos seréis una novia gitana y yo el señor del castillo, fiel cumplidor de la ley que me otorga el privilegio del “derecho de pernada”.

La desdichada María, fué retrocediendo lentamente y llegó hasta el alféizar de la ventana, presta a encaramarse por él.

Montero, al ver la acción, rompió a reír y acomodóse sobre un lecho de musgo y pieles preparado en el centro de la estancia.

—No me asustan sus bravatas, princesa; yo sé que no os tiraréis y vos también estáis segura de ello... Está muy alta. ¡Sois blanca y débil!... ¡No tenéis los arranques de una mujer de mi raza!...

Permanecieron unos momentos contemplándose el uno al otro como enemigos que se acechan. Fijábase ella en el rostro moreno y gracioso del nómada y asombrábase de no sentir por él una inmensa repulsión. Aun viéndolo no estaba segura de que fuese tan cruel como a sí mismo se presentaba.

El, por su parte, contemplaba arrobado la elegante mujer, bella como un sueño, hermo-

sa como una ilusión y se extrañaba de que no le salieran alas y se lanzara a volar hacia las regiones siderales, mas lejos del sol, donde según su entender debían morar las apariciones divinas.

La broma, pensó el gitano, ya ha durado bastante. Al fin y al cabo, ella no es culpable. Levantóse de su asiento y con cara sonriente avanzó hacia la bella para pedirle perdón. Pasarían la noche juntos; así la tribu entera creería que él había hecho honor a su sagrada promesa. Dormiría ella sobre aquel lecho mullido, digno de una reina, cubierto por las más ricas telas y él dormiría en un rincón, sobre el limpio suelo, como tantas y tantas veces había dormido en su vida errabunda.

Estaba la princesa muy lejos de pensar cuáles eran los pensamientos que producían aquella sonrisa dulce y burlesca. Al ver avanzar al gitano trazó la señal de la cruz y precipitóse como una flecha en el abismo sin fondo.

Allá abajo, sobre una lengua de tierra rojiza que por casualidad quedaba entre las peñas, socavadas por la lluvia de siglos, veíase a la pálida luz de la luna una forma blanca e inerte.

Corrieron todos los gitanos en busca de la hermosa y minutos después la depositaban sobre el lecho de su querido “jerarca”; y an-

te su blancura marmórea, ante su siniestra inmovilidad, temió Montero por la vida de la princesa. Anhelante, aplicó el oído sobre su seno: ¡Vivía!...

* * *

Al amanecer del día siguiente, llegó una extraña carga al castillo. A lomos de un burro viejo y escuálido, cruzado cual saco de paja y envuelto entre mantas, en evitación de posibles miradas indiscretas, atado de pies y manos, llegó el duque hasta la plaza de armas de su siniestra mansión.

Portador de tan comprometido cargamento era el ladino tío Urraca, el más apto por su astucia para llevar a feliz término la arriesgada empresa.

Paró al rucio ante el poste del tormento, deshizo las ligaduras que sujetaban la carga, luego de cerciorarse que la guardia dormía profundamente, cerradas las puertas, y sin miramiento alguno la arrojó contra el suelo.

En su atolondramiento, casi se descuidó de llevarse una de las sortijas que todavía le quedaban al déspota y que por cierto le sentaba a maravilla. ¡Que le sucediera eso a él!...

Como alma que lleva el diablo, huyó el tío Urraca jinete sobre su rucio, mientras el duque despertaba de su letargo y se frotaba los miembros entumecidos.

Bufando como fiera enjaulada, penetró en el castillo. Se contempló ante un espejo y a punto estuvo de estallar de furor. Una cicatriz profunda surecaba la parte izquierda de su frente, bajaba por el entrecejo atravesando la mejilla derecha en toda su extensión e iba a concluir en el nacimiento del maxilar. Estaba realmente horrible.

—¡Qué vergüenza!—rugió—. ¡Qué afrenta ver mi rostro marcado por el hierro candente de los hombres de Montero! ¡Y vosotros, cobardes! ¿qué hicisteis?... ¡Huir como mujercuelas!

A partir de aquel instante, seguro entre sus mesnaderos, el duque de la Garda volvía a ser el tirano de siempre.

Era ya bien entrado el día cuando Montero abandonó la estancia de la enferma. El tío Urraca estaba ya de regreso.

—Repartíos el botín del castillo—ordenó el jefe—y sobre todo no os olvidéis de los pobres.

Oído que fué por el tío Urraca, comenzó a coger puñados de monedas y ponérselas entre la camisa.

Protestaron los restantes y dos de ellos volvieron cabeza abajo al viejo, sacudiéndole hasta que cayó el último ducado.

—¿Pero es que hay alguien más pobre que yo, que por no tener no tengo pelo ni dientes?—gritaba el ladino con voz compungida.

* * *

La bella princesa curó pronto, porque entre aquella gente sin ley, abundaban los corazones compasivos.

Cierto día entró una gitana en la habitación de la hermosa.

—Montero os cree ya en condiciones de llevaros a su campamento, señora.

—¿Cree ese hombre que yo puedo ir de aquí para allá como una cualquiera?

—Seguir a Montero sería para la más hermosa de las gitanas enloquecer de alegría. Vuestra dureza para con él es injusta... Pensad antes de condenarlo, en los agravios que le hizo el duque, en el mal que le causó...

—No lo he olvidado, desde que me lo dijisteis... Por eso en mi corazón no hay odio para Montero, sino piedad.

Montero, apoyado en el quicio de la puerta, pudo oír las últimas palabras.

—¿Verdad señora, que no me tenéis miedo?

—Ahora... no. En un principio, sí ¿por qué no decirlo? Creí érais un bandido feroz; un criminal refinado. Afortunadamente, he visto que no es así y me congratulo.

—Si no os supiera mal, vería muy gustoso

que bajarais a nuestro campamento. Este refugio es bueno para los momentos de peligro, pero nada más; cuesta mucho llegar hasta él.

La princesa María comprendió cuánta razón asistía al gitano y se dejó convencer. Caminó confiada junto a Montero y en los pasos difíciles, al cruzar los arroyos o descender las pinas cuestas, demasiado escabrosas para sus delicados pies acostumbrados a deslizarse por ricas alfombras de Oriente, se abandonó confiada en los brazos del héroe moreno de músculos de acero.

Y no dejó de causarle cierto asombro a ella misma ver como el contacto con aquel hombre no le causaba la menor repulsión. Antes al contrario, sentíase feliz a su lado y el largo camino andado entre bromas y risas, parecióle un cortísimo paseo lleno de agradables sorpresas.

Llegada la noche reuniéronse los nómadas al amor de las fogatas encendidas en un claro de la selva. Las lenguas de fuego, al agrandarse o descender, hacían bailar fantásticas danzas a las sombras de los gigantesos pinos, cuyas copas, como enormes quitasoles, parecían inundadas de rojizos resplandores.

Terminado el yantar, formaron corro jóvenes y viejos y comenzaron los músicos el tañer de sus canciones, rítmicas, pansordas; aires morunos llenos de melódica poesía, dul-

ces como caricias, que hacían soñar con palacios encantados y jardines maravillosos.

Bajo el encanto de los pálidos reflejos estelares, la música parecía tener más dulces cadencias, el ritmo más suave el sonido más fino y penetrante.

La más experta danzarina de la tribu salió a bailar una vistosa danza acompañada por el galán de sus amores, y uno y otro trazaron maravillosos compases, llenos de gracia y de expresión.

Los danzarines, ora estrechamente abrazados, formando con sus dos cuerpos apretado haz y gesticulando cual posesos de felicidad, ora reparándose de manera brutal, seguían al compás de la música la danza del Amor y de los Celos.

Y ante la pareja incansable, triunfo de juventud, de alegría y de amor, la princesa seguía soñando... Montero, sentado sobre una roca a guisa de trono, miraba a hurtadillas el nacarado rostro de la hermosa dama, y de cuando en cuando llevaba hasta sus labios los pétalos de bermeja rosa, cuyo aroma aspiraba con avidez. También él soñaba; bien claro lo decía su mirada errabunda, pero soñaba un imposible...

Languidecieron las notas, estrecháronse los danzarines en un supremo y postrero abrazo, sudorosos y jadeantes, y terminó la enervadora romanza.

La bailarina, una garrida moza de felinos movimientos, bello rostro moreno y dientes de nieve, acercóse sonriente a Montero para recibir en sus labios jugosos el dulce premio que éste le otorgó de buena gana.

Sin que ella misma tratara de descender a inquirir la causa, ello es lo cierto, que el beso de Montero a la bailarina tuvo en el alma de la esposa del duque una casi dolorosa percusión.

Terminó con la danza la velada y cada familia fué a guarecerse en su tienda, en busca del descanso. Montero llevó consigo a la princesa a su tienda y le mostró un rico traje de gitana.

—Desde mañana—le dijo—éste será vuestro traje y esta vivienda mía vuestro hogar.

La tienda, alfombrada y cubierta de ricos tapices, era una vivienda confortable. Así al menos le pareció a la hermosa dama que en aquellos instantes ya no se acordaba del rico palacio de las Tullerías, donde transecurriera su infancia; ni echaba tampoco de menos el ejército de servidores, prestos a satisfacer sus menores caprichos.

Sentóse en el lecho y se puso a escuchar. Los músicos, continuaban bajo la azulada bóveda tañendo una dulcísima melopea, cuyos ecos llegaban a sus oídos atravesando las paredes de lona y seda.

Las toscas manos de los tañedores arran-

caban mágicos sonidos a las vibrantes cuerdas de sus instrumentos y una voz fina y bien timbrada, de juglar enamorado, decía coplas de amor... hablaba al corazón y al alma de la suave dulzura de las caricias, del tierno contacto de los besos...

La música, enervante y enloquecedora, tenía en el silencio de la noche algo de sublime y divino. Contaba las supremas venturas que produce la dicha de ser amada y la bella princesa, tan hermosa como desgraciada, sintió una abrasadora sed de amar... ansias de acariciar y de ser a su vez acariciada. Cogió la rosa que Montero dejara sobre el lecho en un momento de descuido y tembloroso la subió hasta cerca de sus labios.

—¡Asistidme, Dios de los cielos!...—gimió con voz desconsolada—. ¡La noche es tentadora... y siento cómo se rinde mi corazón!

Pero siguieron los compases de la música y María de Francia, dominada por un impulso superior a su voluntad, salió a la puerta de la tienda. Allí enfrente, estaba él, Montero, fijos sus ojos en la maravillosa visión. Quedáronse mirando ensimismados, comiéndose con la vista...

Obedeciendo a un movimiento maquinal, subconsciente, María de Francia alzó los brazos y Montero se precipitó en ellos, dominado por la misma sed amorosa que su adorada.



Obedeciendo a un movimiento maquinal, subconsciente...

Los labios de la princesa alargáronse tentadores; las rosadas alillas de su nariz movíanse anhelantes a compás de la respiración fatigosa que movía sus senos y sus grandes y luminosos ojos verdes, fijos en el infinito, como si miraran las doradas regiones de la ilusión, parecían decir ¡te amo!... Te amo porque, gitano o rey, hombre o Dios, encarnas al príncipe de mis ensueños!

Montero sentía en su rostro el cálido hálito de la hermosa, rozaban sus manos la suave piel del recamado de su manto, que pare-

caban mágicos sonidos a las vibrantes cuerdas de sus instrumentos y una voz fina y bien timbrada, de juglar enamorado, decía coplas de amor... hablaba al corazón y al alma de la suave dulzura de las caricias, del tierno contacto de los besos...

La música, enervante y enloquecedora, tenía en el silencio de la noche algo de sublime y divino. Contaba las supremas venturas que produce la dicha de ser amada y la bella princesa, tan hermosa como desgraciada, sintió una abrasadora sed de amar... ansias de acariciar y de ser a su vez acariciada. Cogió la rosa que Montero dejara sobre el lecho en un momento de descuido y tembloroso la subió hasta cerca de sus labios.

—¡Asistidme, Dios de los cielos!...—gimió con voz desconsolada—. ¡La noche es tentadora... y siento cómo se rinde mi corazón!

Pero siguieron los compases de la música y María de Francia, dominada por un impulso superior a su voluntad, salió a la puerta de la tienda. Allí enfrente, estaba él, Montero, fijos sus ojos en la maravillosa visión. Quedáronse mirando ensimismados, comiéndose con la vista...

Obedeciendo a un movimiento maquinal, subconsciente, María de Francia alzó los brazos y Montero se precipitó en ellos, dominado por la misma sed amorosa que su adorada.



Obedeciendo a un movimiento maquinal, subconsciente...

Los labios de la princesa alargáronse tentadores; las rosadas alillas de su nariz movíanse anhelantes a compás de la respiración fatigosa que movía sus senos y sus grandes y luminosos ojos verdes, fijos en el infinito, como si miraran las doradas regiones de la ilusión, parecían decir ¡te amo!... Te amo porque, gitano o rey, hombre o Dios, encarnas al príncipe de mis ensueños!

Montero sentía en su rostro el cálido hálito de la hermosa, rozaban sus manos la suave piel del recamado de su manto, que pare-

cía tejido por manos de hadas, y a pesar de las instancias que con repetida insistencia murmuraban los bellos ojos glaucos, no se atrevía a profanar con sus labios la divina boca que se abría ante la suya, brindando promesas de amor.

Decidióse por fin y juntáronse sus cuerpos en abrazo interminable...

—¡Ahora, nunca podré huir de vuestros brazos!—murmuró ella.

—¡Ahora, nunca podré dejaros marchar!—repuso él y sus bocas volvieron a juntarse para libar el divino néctar de la dicha suprema.

La soberbia cruz de perlas y brillantes que ornaba el pecho de la princesa, quedó aprisionada en uno de los adornos de la chupa del gitano y al separarse ambos, cayó al suelo.

Los dos amantes permanecieron durante unos minutos mirándose en silencio.

—¡Dios mío... la cruz!—exclamó ella recogiéndola del suelo y besándola llorosa—. Ha sido un aviso del cielo para recordarme lo que culpablemente olvidaba... Que no soy libre... ¡Que no puedo amaros!...

—¡A qué mirar atrás, amada mía? Esta noche nos hemos creado un mundo nuevo.

—Me debo a mi promesa. He aceptado un esposo ante Dios.

—¡Ni siquiera eso os puede obligar a vol-

ver al duque!—gritó él con el alma dolorida.

—Para las mujeres como yo, en cuyo corazón ha muerto la ilusión, sólo queda el velo de religiosa, la paz de un convento.

—¡Y habremos de perdernos ahora que precisamente acaban de encontrarse nuestros corazones? ¡No, María, no; me harías el más desgraciado, el más infeliz de los hombres...

—Es triste, Montero, muy triste, pero la vida es así. Pensad que por muy lejos que vaya, mi alma quedará siempre con vos. Yo no puedo permanecer aquí después del aviso que la Providencia acaba de enviarme. ¡Debéis llevarme al castillo cuanto antes; ahora mismo!

El infeliz enamorado se resignó. Por algo no se atrevía él a gozar de tanta felicidad, temeroso de que al contacto de sus labios, la blanca visión de la dicha esfumárase cual una quimera. ¿Cómo pudo en su insensatez llegar a imaginar que una princesa de sangre real, una dama de tan elevada estirpe, acostumbrada a vivir entre el lujo de la corte más fastuosa del mundo, llegara a descender hasta su tienda de nómada? ¡Por amor!... Maravillosa invención de músicos y poetas, la más entretenida de todas... fuego sagrado de humana pasión que abrasa las almas. Eso estaba bien en los romances entonados por los juglares, donde toda fantasía tenía su acomodo; pero en la realidad ¡bah!... Allí tenía

él la realidad, la trágica y desesperante realidad mostrándole el engaño. Todos sus ensueños, todos los juramentos de amor, de fidelidad imperdurable, veníanse al suelo ante la caída de una cruz. ¿Dónde estaba la potencia del amor, fuerza suprema que todo lo arrastra, que ante nada vacila? ¡Ilusiones, leyendas!...

He aquí los tristes pensamientos que torturaban el alma ardorosa del enamorado Montero mientras en silencio realizaba los preparativos de marcha para conducir al castillo a su adorada, a su ilusión de unos momentos, que por ser los más dichosos de su vida, su recuerdo llenaría de melancólica amargura el resto de su existencia.

* * *

Ilentos sus ojos de voluptuosidad y de lúbricos deseos su mente, esperaba el duque el retorno de su esposa. En el gran salón del castillo sucedíanse las fiestas rindiendo culto a Baco y a Venus. Presidía la bacanal desde su trono el duque de la Garda, teniendo a su lado a la hermosa y perversa Beatriz que, de cuando en cuando, lo contemplaba de manera apasionada. A los pies del señor y su favorita, entre el gran espacio que a modo de

escenario dejaban los invitados, bailaban convulsamente como hasta dos docenas de bellezas semidesnudas.

Contemplábalas el duque con los ojos encendidos y volvíanle ellas la misma ardiente mirada, llena de fáciles promesas.

El bufón asistía a la fiesta y no perdía ocasión para atormentar a su odiada Beatriz.

—Aprovecha morronguita...—decíale al oído con voz insinuante—. Cuando la reina está ausente, los gatitos pueden permitirse el retozar.

—¡A ver, otra danza!—gritaba el duque—. Ofrezco un premio a la que mejor baile.

Y las mercenarias bellezas, comerciantes de encantos, volvían a trazar sobre el adomado tapiz enervadoras contorsiones, hasta caer casi rendidas de cansancio.

—¿Cuál será el premio?—preguntó una de las doncellas.

—El premio...—dijo el duque después de mirar a Beatriz—el premio será yo.

—¡Bravo, bravo!... ¡Muy bien!—gritaba el bufón—. La que gane para él... para mí todas las que pierdan.

Entretanto, en la puerta del castillo, una pareja de enamorados cambiaban sus últimos besos de despedida, transida el alma por el dolor de la separación eterna.

—¡Qué pesar me cuesta que os separéis de mí, princesa! ¡No podéis imaginároslo!...

—¡Me lo figuro, porque mido por el mío vuestro sentimiento! Nunca creí que el amor pudiera dar tan dolorosos arrobamientos, tan dulces ternuras, ser a un tiempo infierno y gloria...

En lo alto del muro de la plaza de armas, mudo testigo de este amor puro, encerrada en su grande hornacina, alumbrado su rostro contrito de dolor por la débil luz de herrumbosa linterna, una virgen de tamaño natural asistía a la emocionante despedida.

—El bufón es de mi gente... si alguna vez me necesitarais, habladle.

—Yo os necesitaré siempre en mi corazón... Tomad esta cruz de quien la Providencia se sirvió para volverme al buen camino y guardadla junto a vuestro corazón, como sagrado recuerdo de mi amor. Sus brazos eternamente abiertos a todos los dolores, sabrán acoger también vuestras penas... ¡Que ella os proteja como me protegí a mí.

Oyóse el chirriar de los goznes de la pesada poterna y los dos enamorados cambiaron el último adiós.

María de Francia, se arrodilló ante la imagen, sobre las frías gradas de la amplia escalinata que daba acceso al castillo y cobró fuerzas con la oración.

—¡Amparadme, Virgen bendita! ¡Vos que tanto sufristes, que con tanto tesón soportas-

teis vuestros dolores, dadme valor para no vacilar; para nunca retroceder!...

Levantóse con paso firme y fué hasta la puerta de entrada, donde a la sazón velaba la guardia.

Cuando penetró en el salón, duraba todavía la orgía. Al verla, en la sala antes animada, reinó un silencio sepulcral. El duque se levantó ceñudo, despidiendo centellas por sus ojos.

—Ahora os devuelve... ¿cuando ya se ha saciado de vos?

—¡Sí me devuelve... pero igual que me había tomado!—replicó ella con toda la altanería de su inocencia.

Una carcajada estruendosa que llenó todos los ámbitos acogió las frases de la desgraciada princesa. Pero ésta no se amilanó por tan insultante actitud; antes al contrario, el latigazo de la burla pareció darle fuerzas.

—¡No os atrevéis a creer la verdad porque únicamente la mentira ha podido anidar entre vuestros muros! ¡Me importa poco que me creáis o no, con la tranquilidad de mi conciencia tengo bastante! Por otra parte, no debéis inquietaros, señor. Mañana, vuestra esposa pertenecerá al claustro...

—¿Enclaustraros?... ¿Para qué? Aunque no merezcáis el honor de ser mi esposa, podéis quedaros aquí como mi favorita.

María de Francia no quiso ya responder. Sintió por el desalmado, el mismo asco, la misma infinita repugnancia que experimentó en aquella noche de trágico recuerdo en la cueva de Montero. Apartóse con horror de los brazos que le tendía su esposo y rápida remontó la escalera en busca de su cámara, cerrando la puerta a tiempo de que pretendía entrar el duque, cuyos dedos experimentaron la poco agradable sensación de la mordedura contra el quicio.

Y cuando creíase a solas con sus penas, vió cómo se apartaba un tapiz y salía tras él su esposo por una puerta excusada. Mas era tal el dolor reflejado en el rostro de la hermosa que hasta aquel monstruo de abyección se sintió tocado en lo vivo y levantando otra vez el tapiz, desanduvo el camino andado, dejándola con su desconsuelo por toda compañía.

* * *

Rió en los cielos la luz de un nuevo día; pero el corazón de la princesa siguió envuelto en sombras de duelo.

Entró la azafata de compañía.

—Señora, según descabais, el confesor os espera.

Tocada por negro manto, descendió la prin-



— ¿Enclausiraros?... ¿Para qué?

cesa María a la iglesia del castillo. Detrás de ella, ocultándose en las revueltas de la pina escalera, iba la perversa Beatriz. Al descender las últimas gradas, encontré la atribulada dama con el bufón.

—Señora, si tanto le amáis, si tanto padecéis, ¿por qué seguir aquí sabiendo cuánto sufre su corazón?

—Déjame, bufón, déjame, no atormentes más mi alma.

—Permitidme, pues, que os diga que he estado con él... hemos hablado, y me ha dicho que para venir en vuestro socorro bastará dejar una esquelita bajo la tercera losa del patio.

Beatriz, que había oído toda la conversación, estuvo a punto de enloquecer de alegría. ¡Oh, cómo se iba a vengar su amo y señor!...

Llegó el confesor con andar cansino, envuelto en grueso ropón y cubierta su cara por luenga capucha.

—Decid, decid, hija mía — murmuró con aflautada voz.

—Nunca como ahora, padre, necesité la guía espiritual, la fortaleza que da la fe. Un gran amor humano ha llenado mi corazón induciéndolo a rebeldía contra mi matrimonio.

El rocío del dolor, surcaba las mejillas descoloridas de la penitente.

—Eso es un pecado, hija mía, un pecado

horrible... ¿De modo que no amáis a vuestro esposo?

—¡Oh si sólo fuera no amarle! No le he amado nunca; pero hay algo peor que eso, y es que mi esposo me causa espanto, me horroriza; es un monstruo de liviandad y de cobardía.

—Y decidme, decidme, ¿quién es el otro que ha llamado a vuestra alma pecadora con aldabones dorados?

—Es un hombre bueno; un hombre que ha sabido portarse conmigo como caballero y como enamorado... Un gitano.

Levantóse entonces el confesor, saliendo fuera, y tiró hacia atrás su capucha. ¡Era el propio duque de la Garda!

—¡Sacrilegio! ¡sacrilegio!—gritó la infeliz con voz desgarradora—. ¡Tomando ese puesto habéis profanado la casa de Dios!

—¡Y vos habéis ultrajado mi honor en brazos de un miserable gitano!

Todo el valor indomable que la joven llevaba en su sangre, herencia gloriosa de varias generaciones de héroes, se concentró en su pecho y con voz desesperado que la ira tornaba más fiera, clamó:

—¡Sí, sí! él me ha tenido en sus brazos... me ha besado... ¡y todo vuestro poder no logrará destruir el sagrado recuerdo de nuestra noche de amor!

En aquel preciso momento, Beatriz, acer-

cóse al duque con mirar enigmático y extraña sonrisa en sus labios de sirena.

—Es gran lástima—dijo—que estén separados los amantes... Deberíamos unirlos. Precisamente, la casualidad me ha permitido oír cómo decía el bufón la manera de que Montero podía ser traído aquí.

Una sonrisa feroz animó el rostro de Bernardo de la Garda.

—Os prometo, señora, que vuestro “sagrado” amor va a terminar con una llamarada de gloria.

Acto seguido golpeó bárbaramente al bufón que encogido, muerto de miedo, presenciaba la escena y cuando lo creyó muerto, llamó a sus mercenarios.

—Llevad a esta mujer al calabozo... ¡allí puede esperar a su amante! y a este desesperdicio, que todavía veo que alienta—dijo señalando al bufón—, encerradlo en otro contiguo.

Beatriz y el duque, estrechamente abrazados, fueron a sus habitaciones para preparar la venganza. La perversa mujer tomó la pluma y escribió:

“Amado mío: Estoy prisionera en la segunda celda del calabozo. El bufón dejará abierta la poterna y los caballos estarán dispuestos.

“¡Sálvame, amor mío! ¡Líbrame de la muerte o de algo peor.—María.”

Esperaron la llegada de la noche y depositaron la carta en el lugar convenido.

Extrañó mucho al tío Urraca, mantenido al acecho, que no fuera el bufón el mismo quien depositara la carta y así se lo hizo notar a Montero cuando le entregó la misiva.

Entretanto, María, no cesaba de llorar y de rezar para que Dios salvara la vida de su amado, y a medida que el gran reloj esparcía sus ecos sonoros en el silencio de la noche, aumentaba el dolor de la infeliz.

Montero, hombre precavido, no echó en saco roto las advertencias del viejo ladino, y al efecto, disfrazó a éste con su capa, haciéndole penetrar en el castillo delante de él.

Los mercenarios arrojáronse como lobos sobre el anciano que no opuso la menor resistencia y llevaron su presa ante el duque. Al bajar el embozo, ante la faz iracunda del déspota, aparecía la burlona cara del viejo, que a duras penas podía mantenerse en pie, víctima de un acceso de risa.

—¡Registrad el castillo hasta sus últimos rincones y traedme a Montero vivo!—rugió el duque ciego de ira.

Las tropas mercenarias, salieron cual sombras por los largos corredores aspilleros; la luz de sus antorchas inundaba los pétreos muros de rojizos resplandores, en los cuales se reflejaban sus trágicas siluetas de fantasmas.

Montero, entretanto, había conseguido derribar al carcelero y arrebatarle las llaves. Después de probar varias, acertó con la de la mazmorra de su amada y tomándola a cuerdas, emprendió a todo correr.

—¡El bufón está encerrado en la otra celda!—musitó María a su oído—. Llevémosle con nosotros si aun hay tiempo.

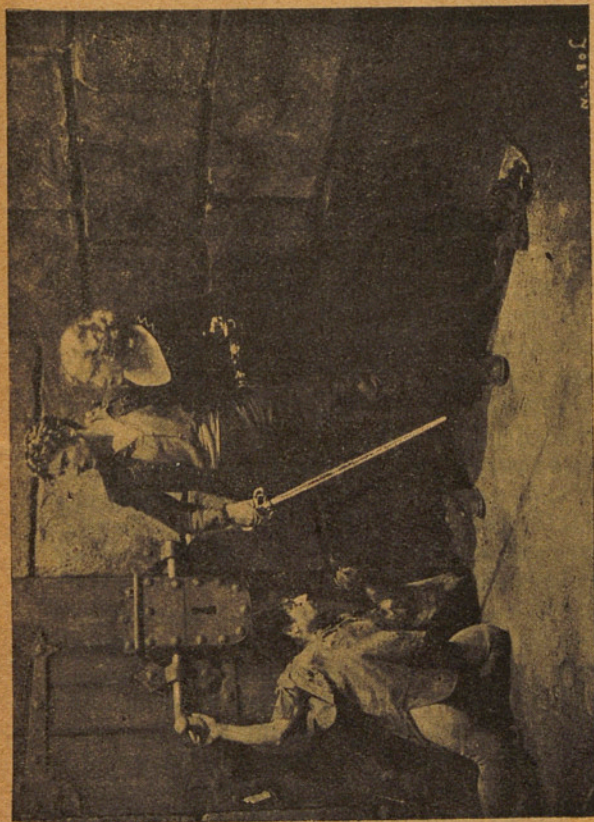
Corrió Montero al lugar indicado, abrió tras tantear varias llaves y sacó arrastras al infeliz contrahecho.

Con el bufón arrastrando, y la hermosa al hombro, el bravo gitano fué hacia la póterna cuyo paso iban a cerrar los soldados. Falaban tan sólo cuatro o cinco metros para poderla franquear cuando la pesada verja de punzantes hierros resbaló rápida por el muro, imposibilitando toda salida.

Montero, retrocedió desesperado con su preciosa carga y sin ser visto por la tropa, dejó a su amada en una de las celdas, cuyas llaves entregó al bufón.

—Sucedá lo que suceda, ten a ella escondida aquí—y dispuesto a vender cara su vida, fué al encuentro de los soldados.

Ante la aplastante superioridad numérica de los asaltantes, no tuvo más remedio que rendirse.



— Sucedá lo que suceda, ten a ella escondida aquí.

* * *

Atado de pies y manos, Montero fué conducido ante el duque que impaciente aguardaba el resultado de la búsqueda.

La presencia del héroe, fué acogida por el malvado con una carcajada atronadora y cruel.

—¡También yo sé emplear el fuego, Montero!—dijo el malvado mostrando la huella de su rostro—. Solamente que en mucha mayor cantidad que tú... ¡Ya verás, ya verás!...

De la Garda frotábase las manos de alegría gozándose de antemano con saborear su cruel venganza.

La noticia de la captura de Montero, el héroe de la comarca, a quien todos veneraban por su buen corazón, corrió como un reguero de pólvora por los campos y por la ciudad. Y al tener noticia de que iba a ser quemado aquel mismo día, una inmensa muchedumbre de campesinos y gitanos se congregó en la explanada del castillo ante la columna de los tormentos, presenciando silenciosa los preparativos.

En las escaleras que conducían al temple-

te sobre el cual se alzaba la columna odiosa, iban amontonando haces de leña los verdugos.

Los millares de espectadores, fijaban sus ojos en todo aquello, esperando ansiosos que comenzara el macabro espectáculo. Desde lo alto de su hornacina, la virgen asistía impasible a la consumación de aquella injusticia.

Salieron los arqueros de a caballo y despejaron en parte la inmensa plaza que parecía un mar de cabezas. En la multitud se produjo un movimiento de expectación. Por lo alto de la escalinata salía Montero entre soldados. Descendieron éstos lentamente y lo entregaron a los verdugos que comenzaron a ligarlo a la columna, ahumada por las llamas de infinitos martirologios.

Ya sólo faltaba la presencia del duque y de sus amigos, que por cierto no se hicieron esperar. El malvado caballero, seguido de Beatriz, se acercó hasta las gradas del caldoso.

—¡Yo vengo la sangre con la sangre, Montero, y el hierro candente con el fuego! ¡Ahora verá el bandido caballeroso cómo erece el calor del día!

Hizo una señal y los verdugos, que a la sazón se hallaban esperando con las antorchas encendidas, prendieron fuego a la pira. Había comenzado el espectáculo. La plaza quedó sumida en el más profundo silencio,

sólo turbado por el crujir de las ramas secas.

Montero defraudaba al populacho. Sereno, impávido, sin que su cara trazara el más leve grito, ni sus miembros intentaran el menor movimiento, veía avanzar en derredor suyo el círculo de fuego. Gruesas gotas de sudor, producto del calor insoportable, perlaban su frente de mártir... El público, no podía recrearse con sus ademanes de espanto...

La princesa, no pudiendo dominar su emoción, salió del calabozo y trepando por interminable escalera, fué a situarse detrás de la hornacina de la virgen. Allí debajo estaba su amado, soportando el martirio con estoicismo de santo. Las llamas avanzaban hasta llegar casi a lamer sus pies.

—¡Virgen santa! ¡Virgen bendita, tú que todo lo puedes, haz un milagro... ilumina mi pobre entendimiento para que yo encuentre el medio de salvar a ese desgraciado inocente! ¡Iluminadme, Virgen María!...—clamaba con desespero la infeliz.

Y la Virgen la iluminó: A su cerebro atribulado, acudió la idea salvadora. Sacando fuerzas de flaqueza, arrancó la pesada imagen de madera y la despojó de su manto. Vistióse las ropas de la Inmaculada y colocóse en la hornacina ocupando su sitio.

Y fué una gitana, la misma que la cuidó

durante su enfermedad, la que descubrió el milagro.

—¡Milagro... milagro! ¡La Virgen llora!... ¡Miradla!

Un escalofrío de terror corrió por la embrutecida multitud. La Virgen alzó el brazo para secar su llanto y en la enorme plaza, con clamor inmenso que llenó el espacio, resonó unánime la voz de: ¡Milagro, milagro!... repetida sin cesar por los miles de reunidos, que, posternados, sólo apartaban los ojos de ella para besar el suelo.

El mismo duque, vertiendo lágrimas a raudales, vencido por horrible y supersticioso pánico, se inclinó a besar la tierra como el más humilde de sus vasallos.

—¡Necio! ¿Vas a creer en patrañas de superstición? ¡Todo eso es mentira, alucinaciones y nada más!—decía Beatriz tratando en vano de hacerlo levantar.

La misma gitana acabó de completar el milagro.

—¡Que hable la Virgen!...—gritó—. Que señale el Cielo al verdadero culpable!...

Y la princesa, obedeciendo a un impulso maquinal, señaló al duque con su diestra.

Aquella señal fué la que marcó el desbordamiento de la multitud... Fué una oleada imponente de la masa fanatizada que con piedras, palos y cabos encendidos de la hoguera, se arrojó sobre verdugos y soldados, arro-

llándolo todo. En su ciego fanatismo, agarraban la pica o la espada que pretendía darles muerte y con supremo forcejeo, apoderábanse de ella para rematar al soldado que osaba oponérseles.

La lucha duró solamente algunos minutos, instantes preciosos que María aprovechó para volver la imagen a su sitio sin que nadie cayera en la superchería.

Y la misma ola de brazos que antes luchó con los mesnaderos, separó a Montero de la columna y puso en su lugar al terrible duque. Todos se apretujaban, rivalizando por el honor de actuar de verdugos con tan temido y odiado personaje.

Pasaron los trágicos instantes cual negra pesadilla... La multitud, consumado el acto de justicia, tornó pacífica a desparramarse y dentro del temido castillo, arrodillados tras la hornacina de la imagen, dos corazones amantes se elevaron en ferviente gratitud a la Virgen bendita que había extinguido los trágicos fulgores de su noche de amor.

FIN

Ya está a la venta

la publicación que faltaba

La Chiguilla

(EL PRIMER SEMANARIO ILUSTRADO PARA NIÑAS)

...

Historietas : Aleluyas : Pasatiempos

Novela cortas : Regalos

Páginas de labores



Profusión de grabados

CUATRO TINTAS

Solamente cuesta

10 céntimos

pero vale muchísimo más

DIRIGIR LOS PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES A
BIBLIOTECA FILMS, LA CHIQUILLA
Apartado Correos 707 - Barcelona

Coleccione usted siempre **FILMS DE AMOR**

que publica única y exclusivamente novelas sentimentales, altas comedias y dramas de pasión y de amor. Obsequio de una artística postal en cada novelita.

25 CÉNTIMOS VOLUMEN

- | | | |
|--------|-----------------------|-----------------|
| Núm. 1 | El marido de mi mujer | IRENE RICH |
| " 2 | Boda sin amor | MONTE BLUE |
| " 3 | Mujeres a la moderna | LAURA LA PLANTE |
| " 4 | La primera noche | BERT LYTELL |
| " 5 | ¡Cuidadito, solteras! | DOROTHY REVIER |
| " 6 | El corazón de Salomé | ALMA RUBENS |
| " 7 | El Amor se impone | CHARLES MURRAY |
| " 8 | La Ciudad | NANCY NASH |

Lea cada jueves FILMS DE AMOR

Si no las encuentra en su localidad, pídalas hoy mismo a
BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona
acompañando cinco céntimos para el certificado

Las Grandes Novelas de la Pantalla

(LA PRIMERA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

Acaba de publicar la más popular de
las obras que escribió el gran filósofo
Conde LEON TOLSTOI

Resurrección



creación de los eminentes artistas
Dolores del Río y Rod la Roque

Precio: 1.50 PESETAS

DIRIJA USTED LOS PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

ACONTECIMIENTO

No deje usted de adquirir hoy mismo
el sugestivo, interesante y ameno

Almanaque 1928 **de Ricardito**

cuyo famoso saltarín alcanzó mayoría de votos en el competido y gran

Concurso del Almanaque Tom Mix

Historietas : Aleluyas

Chistes : Pasatiempos

Precio

30 cts. Profusión de grabados

El Triunvirato de los ALMANAQUES de
la Gracia, del Buen Humor y de la Risa

— son los de —

Tom Mix
La Pandilla
Ricardito

editados por la BIBLIOTECA FILMS
APARTADO DE CORREOS 797 - BARCELONA

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TÍTULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Brecha del Infierno	C. Vernades
Koenigsmark	J. Catelain
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga...	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Coman
Varieté o Águilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona